LA CIENCIA
CONTRA
EL CRIMEN

LA CIENCIA
CONTRA
EL CRIMEN

NURIA JANIRE RÁMILA

nowtilus

Colección: Investigación abierta
www.nowtilus.com

Título: La ciencia contra el crimen
Autor: © Nuria Janire Rámila

© 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Ediciones Noufront
Diseño del interior de la colección: JLTV
Fotografía de cubierta: Istockphoto

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-815-9

Agradecimientos

Este libro se forjó en un momento muy especial de mi vida. En uno de esos momentos en los que todo lo que te rodea parece tambalearse. En uno de esos momentos en los que lo negativo se convierte en la fuerza que te hace recobrar impulso para dar la vuelta a la situación.

Por ello, agradecimientos a mi familia, a la que quiero con locura y a la que dedico este libro.

Agradecimientos muy especiales a mis amigos Vicky y Javi, por estar siempre presentes, en lo bueno y en lo malo. Agradecimientos también a Marta por su cariño y amistad sincera. Y a mi amiga Romina, alguien que trasciende.

Agradecimientos a la gente de Donosti, más distanciados de lo esperado y querido, pero siempre presentes.

Agradecimientos a la editorial Nowtilus por su confianza en este proyecto.

Y agradecimientos al profesor Garrido, por su prólogo y su trabajo constante en favor de la sociedad.

Todos provocáis que cada día intente ser mejor persona.

Índice

Prólogo 11

Presentación..... 15

Capítulo 1: Perfilación psicológica
Entrando en la mente del asesino..... 21

Capítulo 2: Perfilación geográfica
¿Dónde te escondes, hermano? 47

Capítulo 3: Toxicología
Arsénico sin compasión 73

Capítulo 4: Antropología forense
El discurso de los muertos..... 99

Capítulo 5: ADN y Biología forense
El futuro hecho presente..... 127

Capítulo 6: Dactiloscopia
Más que una mancha de grasa..... 153

Capítulo 7: Entomología forense
Cuando los insectos
resuelven crímenes 179

Capítulo 8: Balística
Huellas en plomo 201

Capítulo 9: Crímenes sin resolver
Buscando el asesinato perfecto 225

Epílogo 247

Bibliografía 251

Prólogo

Este nuevo libro de Nuria Janire Rámila está lleno de atractivos, tanto para el lector curioso e interesado por la criminología, como para los estudiantes de esta ciencia. La razón estriba en que ofrece un breve y muy ameno repaso de los hallazgos de la ciencia forense en la identificación y captura de los criminales, desde el siglo XIX hasta la actualidad, sin olvidar referencias cinematográficas que ayudan a situar el tratamiento que la cultura popular ha dado a las diferentes disciplinas forenses.

La revisión de la historia forense, desde los «Juicios de Dios», hasta los modernos análisis genéticos, nos indica la ardua tarea que ha supuesto encontrar las pruebas que lleven a un culpable ante el banquillo de los acusados.

Esa dificultad no solo procede de los actos que el asesino realiza para evitar ser identificado como el autor del crimen, sino de que el proceso de investigación criminal tiene sus propias reglas y métodos de

llevarse a cabo, y un error en esa larga cadena de análisis puede dar lugar a que las pruebas halladas apunten a una dirección errónea (con lo que un inocente puede ser acusado del crimen), o bien, a que sus conclusiones se desmoronen porque no se respetara la pureza y exactitud de los métodos empleados, dando lugar a que la duda se instale sobre la culpabilidad del acusado.

Un ejemplo del primer error es el caso de Tony King, quien antes de ser capturado había dejado tras de sí, además de dos chicas muertas, a una mujer inocente entre rejas (Dolores Vázquez), acusada de haber matado a Rocío Wanninkhof, la hija de su pareja sentimental. Un ejemplo del segundo error es el célebre caso de O. J. Simpson, una ex estrella del fútbol americano, quien se libró de ser considerado culpable de la muerte de su mujer porque las pruebas que lo incriminaban no habían sido convenientemente aisladas para prevenir la contaminación.

Todo este pulso ante la adversidad es palpable en este libro, ya que, junto a los éxitos e hitos notables del desarrollo de las disciplinas de la ciencia forense (perfiles, antropología, dactiloscopia, balística, etc.), la autora alumbra también los fracasos, y señala la inevitable frustración que siempre arrastra la policía ante los casos sin resolver en el último capítulo, donde reflexiona sobre el «crimen perfecto».

En fin, en este libro breve el lector hallará motivos para asombrarse y degustar el avance del ingenio científico, ante los asesinos cuyas obras han quedado marcadas como eslabones por los que la Justicia ha de subir penosamente para no dejarnos desprotegidos. Y aunque

nunca parece que ganemos esa partida, vale la pena cada paso que demos en ese sentido, como estas páginas notablemente escritas atestiguan.

Vicente Garrido

Profesor de criminología de la
Universidad de Valencia.

Presentación

Era una fresca mañana de un día cualquiera en un pueblo cualquiera de la Francia del siglo VI. Los habitantes se habían levantado más temprano que de costumbre y ya se arremolinaban en torno a un enorme perol de agua hirviendo.

En medio, dos religiosos de diferentes creencias frente a frente, cada uno a un lado de esa olla que continuaba recibiendo fuego de una hoguera levantada en su base. Ambos se miraban desafiantes, en un intento de infundir miedo a su rival y, ya de paso, de ocultar el suyo propio. No era para menos.

Todo había comenzado unos días antes, cuando los dos religiosos se enzarzaron en una disputa teológica sobre si Cristo y Dios eran lo mismo o si uno era inferior al otro. El diácono católico abogaba por lo primero, mientras que el cura arriano opinaba que el Hijo siempre sería inferior al Padre.

Como la disputa no terminaba y había temor de que se llegara a las manos, se decidió acudir al llamado

«Juicio de Dios». En la Edad Media se conocía con este nombre a los procesos en los que se dejaba a la intercesión divina dirimir la verdad, falsedad, culpabilidad o inocencia de una persona. La idea pasaba por pensar que si Dios lo sabía todo, desde luego debía conocer quién había cometido un delito y también quién estaba en posesión de la verdad sobre un determinado asunto. La forma de manifestarse, al tratarse de Dios, era mediante algún acto sobrenatural. Por eso, a los protagonistas de estos juicios se les sometía a pruebas extremadamente duras, como meter el brazo en agua hirviendo, intentar flotar sobre el agua atados de pies y manos o sostener durante un minuto una barra de hierro al rojo vivo.

Si al cabo de tres días las heridas estaban curadas —lo que sería un milagro— se daba por sentado que Dios había intercedido en su favor declarándole inocente o en posesión de la verdad. Pero si las heridas continuaban ahí, todo transcurría según las leyes naturales y al acusado, además de sufrir con aquella tortura, se le declaraba culpable y sentenciado a un final aún más sangriento.

Y este era el motivo por el que los dos religiosos flanqueaban la olla de agua hirviendo. Uno de los campesinos arrojó un anillo al centro del puchero para que los duelistas, por turnos, lo recogieran con sus brazos desnudos. Cuando el católico se adelantó para introducir su brazo, el arriano percibió que lo había untado en aceite y pidió la nulidad del juicio.

Ambos respiraron aliviados, porque ninguno las tenía todas consigo en eso de escaldarse el brazo para probar sus teorías. Sin embargo, de entre la muchedumbre apareció otro diácono católico que se ofreció a susti-

tuir a su tramposo compañero. Introdujo el brazo en el caldero hirviendo y sacó el anillo. Según las crónicas, parece ser que Dios le dio la razón a él, porque con cierto humor el religioso afirmó que el agua estaba fría en el fondo y tibia en la superficie.

A buen seguro que quien más suspiró de alivio en toda esta historia fue el pobre cura arriano, al pensar qué hubiera sucedido de haber metido él primero su brazo.

Por increíble que pueda parecernos, estos «Juicios de Dios» —también llamados ordalías— sobrevivieron en Europa hasta el año 1817, cuando en Inglaterra se registró la última de estas pruebas.

Por entonces surgía el primer departamento de detectives del mundo, la *Sûreté* francesa, con un antiguo ladrón llamado Eugène Vidocq al frente. Los métodos de Vidocq, basados en la lógica y la razón, sacaron a Europa del oscurantismo en el que había vivido durante los últimos diez siglos en materia de procedimientos penales.

Con él las ordalías fueron sustituidas por los hechos demostrados, como que un marido era imposible que matara a su mujer de un disparo al estar impedido de ambos brazos o que tal hombre fuera el ladrón de una joya porque la huella obtenida en el domicilio de la víctima coincidía plenamente con la de su calzado. Era el triunfo de la prueba como base incriminatoria.

Estos ejemplos, irrisorios en nuestro mundo actual, aportaron a Vidocq fama mundial, inspirando al resto de países para crear sus propios departamentos de policía. No es que el paso fuera sencillo, porque aún deberían superarse muchas incongruencias e injusticias, como la condena automática a un acusado si dos perso-

nas testificaban en su contra, la imposibilidad de contar con testigos que rebatieran a los presentados por la acusación o la ejecución de sentencia de muerte, tanto para quien robara una manzana como para quien asesinara a una familia entera.

Afortunadamente, esos tiempos ya pasaron y hoy, cuando se ha cometido un delito, este se investiga y se demuestra por medio de diferentes tipos de pruebas, correspondiendo finalmente a los jueces y tribunales sentenciar, condenar o exonerar a los sospechosos. Esta es la base del procedimiento penal actual. Y es un buen procedimiento.

Un procedimiento en el que la estrella es la prueba, entendida como la certeza clara y manifiesta de la que no se puede dudar. O dicho de otro modo, el triunfo de la razón sobre la superstición.

Esa prueba es el tema de fondo de este libro que ahora tiene entre sus manos. Y digo de fondo porque el papel principal se lo he reservado a la ciencia que trata, precisamente, de buscarlas, catalogarlas y estudiarlas: la criminalística.

El criminalista mexicano Rafael Moreno González la describe como la

> ciencia aplicada que, de acuerdo al ordenamiento jurídico de cada país, estudia científicamente los indicios y evidencias, con objeto de convertirlos en pruebas formales que puedan ser presentadas ante las autoridades judiciales para permitir la identificación de las víctimas y de los delincuentes y esclarecer las circunstancias de un presunto delito.

Una descripción perfecta que puede simplificarse al máximo, asegurando que es aquella ciencia que se ocupa de determinar la forma en la que se cometió un delito y quién lo cometió.

Criminalistas son, por tanto, todos aquellos expertos que luchan porque la verdad salga a flote durante una investigación criminal, desde el fotógrafo que plasma en imágenes la escena del crimen, hasta el biólogo forense que estudia detenidamente una muestra de ADN extraída de una gota minúscula de sangre caída sobre la alfombra de la casa de la víctima.

Y de estos hombres y de las ciencias que dominan, trata este libro. En las siguientes páginas viajaremos por el inquietante mundo de la entomología forense, aprendiendo cómo los insectos también resuelven crímenes; nos adentraremos en el lugar más terrorífico del planeta, la Granja de Cadáveres, un terreno boscoso donde se han diseminado decenas de cuerpos humanos al aire libre para estudiar su proceso de descomposición; compartiremos mesa de autopsias, comprobando que sí que es verdad que los muertos son capaces de hablar al oído de los médicos forenses; sabremos que no solo las balas dejan marcas exclusivas al ser disparadas, también las motosierras y serruchos cuando cortan nuestros huesos al descuartizarnos; nos sorprenderemos al averiguar que algunos ladrones han sido apresados por las huellas que sus orejas dejaron al apoyarse en las puertas de aquellos domicilios que saquearon… También, por supuesto, aprenderemos nociones básicas de criminología, comenzando por los dos primeros capítulos, que conforman juntos una especie de introducción al mundo del crimen donde estudiaremos las diferencias entre

modus operandi y firma del asesino, más otras nociones básicas que nos ayudarán a comprender mejor los diferentes capítulos del libro.

En definitiva, desvelaremos algunos de los secretos de esos hombres del maletín, de aquellos que han hecho de la investigación criminal su forma de vida, de los que intentan que nuestro mundo sea algo más seguro cada día, de los auténticos CSI.

San Sebastián, 11 de septiembre de 2009.

1

Perfilación psicológica

Entrando en la mente del asesino

En el otoño de 1888 la victoriana sociedad londinense asistió aterrorizada a las andanzas del que se ha considerado como el primer asesino en serie moderno. Nadie supo su nombre verdadero, pero sí el apelativo que él mismo se adjudicó: Jack el Destripador.

Un apodo acertado, pues sus cinco víctimas —hay autores que consideran que pudieron ser más— sufrieron la amputación de algún miembro y la extracción de vísceras, cuidadosamente colocadas junto a los cuerpos, en un ritual macabro únicamente comprensible para su autor.

De la investigación se encargó en un primer momento el *coroner* Wynne E. Baxter, quien pidió la realización de una de las autopsias al doctor Thomas Bond. A él se debe la primera perfilación criminal de la historia.

> El asesino en su apariencia externa es muy probable que sea de aspecto inofensivo. Un hombre de mediana edad, bien arreglado y de aire respetable. Puede tener el hábito

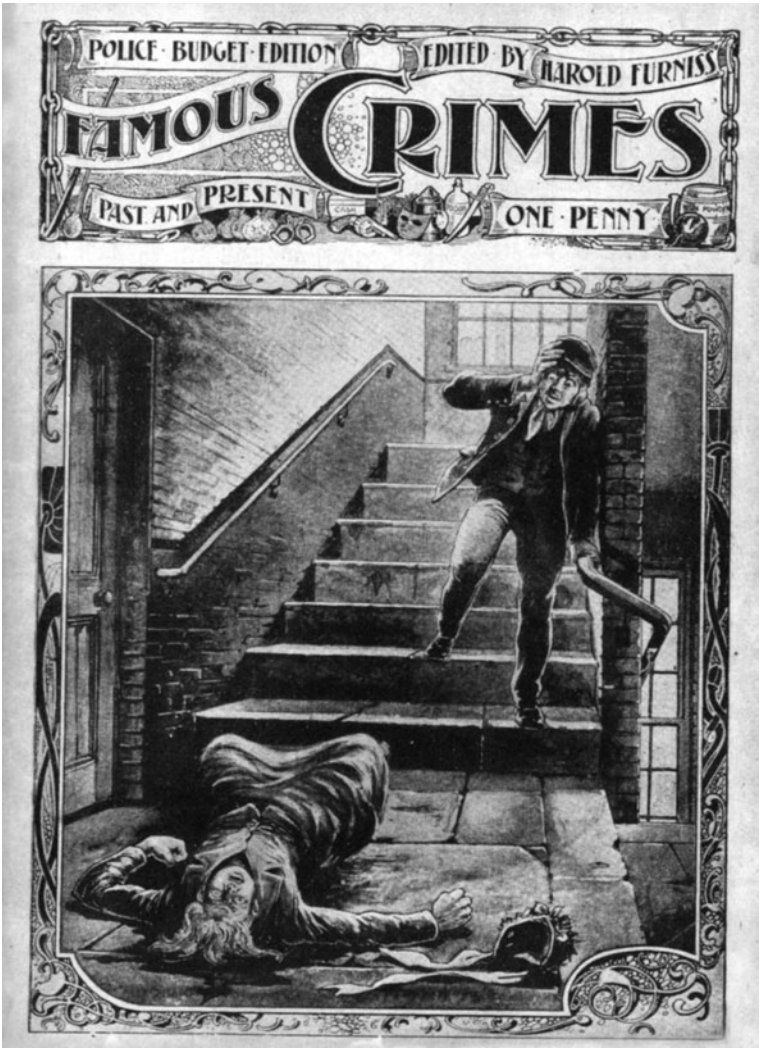
> de llevar capa o abrigo porque, si no, la sangre de sus manos y ropas hubiera llamado la atención a los viandantes.

Este es parte del texto que envió al jefe de la investigación tras examinar los 5 cuerpos y las escenas del crimen dejadas tras de sí por Jack. Jamás se supo si estas conclusiones fueron acertadas, pero iniciaron una nueva vía para la investigación policial, la llamada perfilación criminal o *criminal profiler*.

Básicamente, la técnica de la perfilación criminal consiste en elaborar un esbozo físico y psicológico, lo más aproximado posible, de la persona a la que se está buscando por un determinado delito. Robert K. Ressler, el mayor experto mundial en esta técnica y ex agente del FBI, la define como «la elaboración de un mapa de la mente del asesino». La idea es que si el investigador consigue pensar como él, sentir lo que el asesino siente, será capaz de adelantarse a su próximo movimiento y llegar a capturarle. «Si se entra en la mente de un criminal, se puede entender y predecir su siguiente paso», asegura Ressler.

Y se habla de asesinos porque con este tipo de criminales es con quien mejor parece funcionar la técnica de la perfilación, y en mayor medida con los asesinos en serie. Esto es así por el simple hecho de que el asesino en serie delinque repetidamente y, por medio de esa repetición, es más sencillo ir trazando una pauta, lo que en el argot policial se llama *modus operandi*. Esta explicación queda implícita en la propia definición de un asesino en serie: persona que comete tres o más asesinatos, con un periodo de enfriamiento entre ellos.

Pero no nos embalemos y vayamos con buen paso. Como se ha dicho en la presentación, en este capítulo



Fascículo de una publicación de comienzos del siglo XX dedicada a los crímenes más famosos de la historia. Buen ejemplo de la fascinación que el mundo del crimen ha ejercido desde siempre en el ser humano.

no solo hablaremos de la perfilación criminal propiamente dicha, sino del abecé de la criminalística, de lo que alguien lego en tal materia debe saber antes de adentrarse en capítulos siguientes. Por ello me perdonarán que mi tono en esta primera parada sea más serio, o académico, si se prefiere. Verán que en los siguientes capítulos todo será más relajado.

Modus operandi

Por *modus operandi* se comprende el conjunto de acciones realizadas por un asesino, de una forma más o menos repetitiva, para lograr su objetivo de matar y escapar del lugar. Acciones que también pueden aplicarse a un ladrón en serie, a un violador habitual… en definitiva, a cualquiera que delinca de manera repetida.

Sin embargo, este *modus* no es inflexible. Muchos policías han creído hasta ahora que sí lo era, que el asesino, una vez había escogido su forma de matar, no se apartaba de ella, pero se ha demostrado que esa percepción es errónea. En determinados casos los asesinos seriales han ido modificando sus *modus operandi,* adaptándolos a las circunstancias del momento, puliendo, refinando los asesinatos. Incluso han llegado a seleccionar tipos de víctimas diferentes a las originales. Tal procedimiento puede explicarse por una búsqueda de emociones diferentes, experimentación o, simplemente, por mejorar su propia seguridad.

Por ejemplo, David Berkowitz, *el hijo de Sam,* intentó matar a su primera víctima con un cuchillo. Leyendo los periódicos se percató de que ninguno men-

cionaba la agresión, por lo que dedujo que la mujer había sobrevivido. Entonces decidió alterar su *modus operandi*. Viajó a Texas, se compró una pistola del 44 y acto seguido comenzó su escalada de asesinatos, ya siempre a punta de pistola.

Cuando alguien mata de forma sucesiva, descubre en cada delito nuevos detalles que pueden mostrarse importantes para ocultar mejor el cadáver, exponerse menos a la policía, atenuar o aumentar el dolor de la víctima. Pulen, en definitiva, sus actos. Esto en lo relativo a los asesinos organizados, porque los desorganizados rara vez mejoran en sus ataques, ya que su propia psicología les lleva a ser dejados, descuidados, olvidadizos, torpes.

La distinción entre organizados y desorganizados fue elaborada por los agentes del FBI, John Douglas y Roy Hazelwood. Trabajando sobre escenas de crímenes se percataron de que un tipo de asesinos intentaba dificultar la labor policial ocultando el cadáver, sus huellas, incluso modificando el lugar y los diversos elementos para provocar confusión. Mientras, otra categoría de individuos se despreocupaba de todo esto y simplemente huía de la escena sin pensar en cómo quedaba todo detrás de sí. A los primeros se los llamó organizados y a los segundos, desorganizados. Más tarde se incluiría una tercera categoría, la mixta, relativa a los asesinos que mezclan ambos procederes.

Psiquiátricamente hablando, los organizados se corresponden con la idea clásica del psicópata y los desorganizados con los psicóticos. Es una distinción importante, porque la psicopatía no está considerada como enfermedad, ya que esos individuos saben distin-



Día de clase en la academia del FBI en Quantico, la mejor escuela mundial en la lucha contra el crimen.

guir en todo momento lo que está mal de lo que está bien. Aunque matan, comprenden que no deberían hacerlo y asumen el riesgo penal que su acción comporta en caso de ser descubiertos. Lo que sucede es que no sienten lo que hacen. Las víctimas no les inspiran lástima, ni compasión, ni remordimientos.

Los psicóticos, en cambio, sí son personas enfermas que suelen actuar inconscientemente. Su nivel de inteligencia es más bien bajo y tienden a aislarse socialmente o, como mucho, a vivir con sus padres.

Hay muchos otros detalles que diferencian a unos de otros, como el cuidado de su aspecto físico, el desempeño de empleos más o menos cualificados, cambios de comportamiento, interés en el seguimiento de sus actos a través de los medios de comunicación... Estas características son excluyentes. Lo que tiene un psicópata no lo tiene un psicótico, hablando en términos estadísticos. Si el primero sabe ser simpático, el segundo ni siquiera se relaciona con sus vecinos; si el psicópata gusta de tener

buena presencia, el psicótico vive en permanente dejadez... y así sucesivamente.

Para encuadrar a un criminal en alguna de estas tres categorías, la policía analiza en profundidad las llamadas «Cuatro fases del crimen». La primera es la etapa que precede al crimen, donde entran los antecedentes del agresor, sus fantasías, los pasos que siguió hasta llegar al momento del asesinato. La segunda comprende al crimen en sí mismo: selección de la víctima, tortura, violación, *modus operandi*. En la tercera se estudia el modo en el que el asesino intenta o no ocultar el cadáver. Y en la cuarta, lo que más interesa es analizar el comportamiento posterior al acto.

Para muchos policías esa cuarta parte es la más importante y delicada, porque muchos asesinos quieren involucrarse en la investigación mostrando una imagen inofensiva, acudiendo a tretas como hacerse pasar por periodistas, voluntarios en la investigación, familiares de la víctima... Sin embargo, lo que buscan es averiguar con qué pistas cuentan hasta ese momento los investigadores, recrearse aún más en su «hazaña» o alargar la fantasía que les convirtió en lobos humanos.

Un aspecto diferente al *modus operandi* es la llamada «firma del asesino», compuesta por una serie de acciones que tienen por objeto expresar la identidad del autor. Es una especie de marca dejada para decir «lo hice yo».

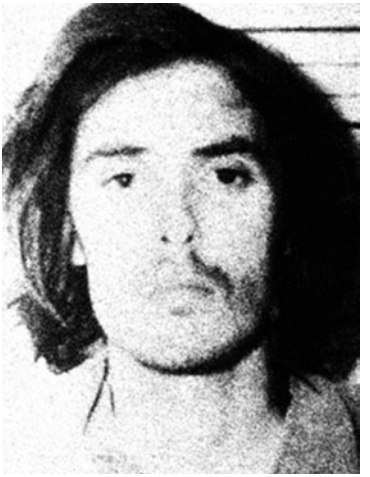
La firma es mucho más personal que el *modus operandi*. Llega cuando se ha consumado el delito, sin influir en su realización. Expresa el pensamiento del criminal, es una traslación de su mundo emocional, una forma de exteriorizar sus sentimientos más profundos y secretos.



Escena de un crimen acotada y señaladas las pruebas encontradas con carteles enumerados.



Segundo paso tras el acotamiento de la escena del crimen: su fotografía completa en planos generales y primeros planos de los elementos importantes presentes en la misma.




Richard Trenton Chase, ejemplo de criminal psicótico.
Sus crímenes se caracterizaban por una gran violencia y ausencia de sentido en las escenas.

Algunos deciden dejar cartas junto a las víctimas, como Alfredo Galán *el Asesino de la baraja*, que comenzó a depositar naipes a raíz de que la policía descubriera casualmente al lado de su primera víctima una carta de la baraja española. Otros colocan los cuerpos en posturas grotescas, como el estadounidense Richard Trenton Chase, un psicótico que, además, les introducía excrementos de animales en la boca o en el estómago. Algunos muerden un determinado miembro o les introducen periódicos en la boca. Todo parece valer, con una importante puntualización, que no son actitudes escogidas al azar, sino que en la mente del criminal poseen un significado claro, por mucho que al resto de la humanidad nos pueda parecer una simple aberración.

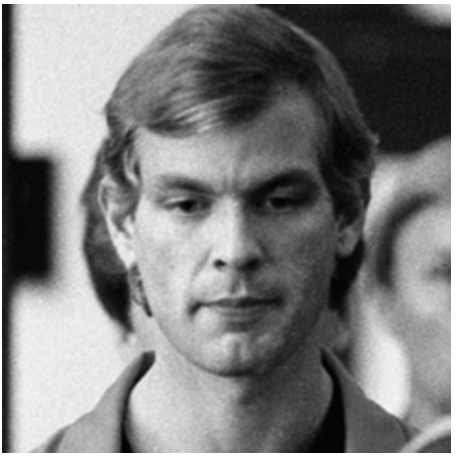
El perfil del criminal

La iniciativa de elaborar un perfil del asesino que ayudase a su detención surgió de la mente del mencionado Robert K. Ressler y de John Douglas mientras trabajaban como agentes especiales en el FBI (Oficina Federal de Investigación).

El FBI ha sido desde su creación un referente en la lucha contra el crimen. En su base central de Quantico (Virginia) se guarda la mayor y más completa base de datos sobre asesinos en serie del mundo. A ello ha ayudado en gran medida la labor de estos dos hombres y su iniciativa de entrevistarse con algunos de los peores criminales de la historia, en un intento de averiguar los motivos que les impulsaron a cometer sus atrocidades y poder utilizar esos datos en casos posteriores buscando posibles patrones comunes. La idea consiste en creer que, si estos individuos piensan de forma parecida entre ellos y nos lo cuentan, podremos adelantarnos a futuros actos criminales al saber cuáles serán sus próximos pasos.

Personajes entrevistados fueron Jeffrey Dahmer, el llamado *carnicero de Milwaukee* y autor de 17 muertes; John Wayne Gacy, quien acabó con la vida de 33 personas mientras trabajaba de payaso para los niños del barrio; o Ted Bundy, autor de 23 asesinatos. Un dato curioso: en este elenco de personajes entró Adolf Hitler, de quien se analizó su mente, escritura, forma de hablar… para prevenir posibles ejemplos futuros.

Pero esas entrevistas no son suficientes. El *profiler* también debe analizar la escena del crimen, la víctima, los resultados de la autopsia y el resto de datos asociados al caso, e incluso la caligrafía en documentos escritos por



Jeffrey Dahmer, uno de los mayores asesinos en serie de Estados Unidos. Urgaba en el cerebro de chicos jóvenes a los que secuestraba previamente, con el afán de convertirlos en esclavos sexuales.

la persona a la que se pretende estudiar. Todo ello le servirá para realizarse una composición del lugar y del criminal. Y por increíble que parezca, el perfilador es capaz de extraer de estos elementos conclusiones muy precisas que, cuando son presentadas, suelen parecernos tremendamente obvias por su sencillez. Algo semejante a cuando nos desvelan el truco de un juego de magia que nos maravilló e intrigó durante años.

El 3 de noviembre de 1994 apareció flotando en la bahía de Yokohama una bolsa de basura de plástico blanco. En su interior, el cuerpo de una mujer adulta, muerta desde hacía varios días. Se trataba de la esposa de Iwao Nomoto, médico japonés de 31 años, quien había denunciado su desaparición y la de sus dos hijos ese mismo día. El 7 de noviembre apareció otra bolsa en la misma bahía, con el cuerpo de su hija de dos años, y el día 11, el cadáver de su hijo de un año en idénticas circunstancias. Los tres habían muerto estrangulados, atados con cuerdas de distintos colores y arrojados a las



John Wayne Gacy, prototipo del psicópata asesino. Tras su faceta de modélico vecino y de payaso para los niños se escondía un feroz asesino de mujeres.

aguas con lastres en el interior de las bolsas. Fueron los gases de la putrefacción los que provocaron su salida a la superficie.

La sociedad japonesa se encontraba estupefacta por estos crímenes, ya que allí es raro que ocurran asesinatos. Robert Ressler, por aquel entonces ya retirado como agente en activo del FBI, fue invitado a intervenir en un programa especial de televisión, donde se le propuso realizar en directo un perfil del posible criminal basándose en los datos recogidos. Y lo hizo.

> El asesino tenía un enorme interés en sacar los cadáveres del lugar del crimen. No quería que la policía los encontrase y los arrojó al agua. Los tres estaban en el mismo lugar, así que quería deshacerse rápidamente de ellos. La manera de atarlos con cuerdas de colores, siguiendo el mismo orden, indica que se trata de una persona organizada. Los cuerpos no tenían heridas, así que ninguno de ellos se enteró de la muerte del resto, ya que hubiera habido forcejeo. Los cuerpos fueron arrojados vestidos en bolsas lastradas cuando pudo haberlos arrojado sin ella, lo que indica que el criminal los conocía. No

> quería que los encontrasen desnudos. Esto significa cierta consideración. No es probable que quisiera matar a los niños, ya que no eran un estorbo para asesinar a la madre. Al asesino le preocupaba que esos niños crecieran sin madre y por eso pudo haberlos matado.

Al día siguiente a la emisión de la entrevista, el doctor Nomoto confesó ser el autor de los tres asesinatos. En su declaración el asesino aseguró haber matado a sus hijos porque no deseaba que crecieran sin una madre y con un padre en prisión.

Rober K. Ressler había acertado de lleno. No fue fruto de la casualidad, sino de largos años de experiencia intentando entrar en el cerebro del criminal. Años trabajando una mente analítica capaz de sopesar el más nimio detalle.

Ressler es quizá el perfilador más famoso del mundo, pero no el único. Todos los años el FBI enseña a sus reclutas las técnicas de la perfilación criminal.

De ello se encargan los integrantes de la antigua Unidad de Ciencias del Comportamiento, hoy rebautizada Unidad de Apoyo Investigativo (BSU). Esta unidad nació en 1974 bajo la supervisión de los agentes especiales Howard Teten y Pat Mullany. De ahí han salido los mejores perfiladores criminales. Y tanta es su pericia, que han sido capaces de crear un manual en el que se describen las diversas tipologías de asesinos, creando de esta forma una nueva pseudociencia. En la academia del FBI se les enseña sobre todo a despertar su lado crítico y racional, las auténticas bases de esta metodología.

El agente debe aprender a extraer todos los datos posibles de la escena del crimen y del cadáver, por medio de la observación y la deducción. Para ello se les lleva a

auténticos escenarios criminales y se les inculcan teorías y principios criminológicos como el de Edmond Locard, el cual dicta que cuando una persona entra en contacto con un medio, algo de él queda en el lugar y algo del lugar queda en su persona. Lo mismo que caminar por la playa, cuando, con toda seguridad, se nos quedarán granos de arena en los pies y, a su vez, nosotros dejaremos huellas en esa misma arena.

Este principio puede aplicarse a las huellas físicas y, lo que es más sorprendente, también a las psicológicas, porque la escena de un crimen, y principalmente un cadáver, aporta muchos datos sobre la personalidad del criminal. La mera elección de la forma de matar ya es reveladora de su grado de violencia social y de su cercanía con la víctima, la temeridad o seguridad con la que actuó demostrará su capacidad de riesgo y de autocontrol… y así sucesivamente. Matar con un cuchillo lleva aparejado unas implicaciones diferentes a si se hizo con un arma de fuego. Seguramente se trate de una persona más fuerte, con más desprecio hacia el riesgo y una mayor sangre fría que aquel que dispare una pistola o un fusil. En resumidas cuentas, el asesino impregna la escena del crimen con su personalidad.

Pero no todo es tan sencillo. Muchas veces los asesinos —sobre todo si son organizados— intentan borrar las huellas que puedan llegar a delatarles, actitud que recibe el nombre de «conciencia forense».

En los años 70 dos niños aparecieron asesinados en un intervalo de varias semanas en los alrededores de una base militar norteamericana. Sus cuerpos aún se encontraban atados y el segundo de ellos presentaba mutilaciones en varias extremidades. El *profiler* consultado



Edmond Locard, impulsor del célebre principio del mismo nombre que habla sobre el traspaso de cualidades entre un espacio y una persona.

sospechaba que el asesino había mordido en un arrebato sexual los cuerpos, por las extrañas heridas que presentaban los cadáveres y porque era habitual en delitos de esas características. De ser cierto constituía una oportunidad genial para extraer posibles restos de ADN del asesino en las heridas o realizar un molde de su dentadura. Sin embargo, nada de ello fue posible porque el criminal cortaba la carne donde, presumiblemente, debían estar sus huellas dentales. Cuando se detuvo al autor —un soldado de la base militar— se supo que, efectivamente, rebanaba con un cuchillo la carne de los pobres muchachos tras morderles, sabedor de que el FBI podría dar con él si analizaban los historiales dentales de la base.

El buen perfilador puede llegar a conocer —tras realizar un examen minucioso de la escena y de la víctima— el sexo, la edad, los antecedentes personales y familiares, las fantasías, deseos y frustraciones de la persona a la que intenta atrapar. E, incluso, la forma que tiene de vestir y su aspecto físico.

Célebre es el caso de George Metesky, el loco de las bombas o *Mad Bomber,* quien aterrorizó entre 1940-1956 a los habitantes de New York, colocando sucesivamente bombas caseras en diferentes lugares. En 1956 el doctor James A. Brussel, psiquiatra consultor del sistema de salud mental de la ciudad, realizó un perfil psicológico sobre la persona que buscaba la policía. En su informe habló de un hombre «soltero, de entre 40 y 50 años, mecánico hábil, eslavo y religioso…» e incluso dijo que cuando se le detuviera tendría una camisa de doble pechera abotonada. Dicho y hecho, cuando *Mad Bomber* fue detenido en 1957 llevaba una camisa de doble pechera abotonada. El resto de datos aportados por el doctor Brussel también se correspondieron con la realidad. Brussel tan solo había racionalizado los datos presentados. Si son bombas caseras significa que el hombre que las creó es habilidoso y que tiene acceso a elementos electrónicos; si necesita tiempo para confeccionarlas significa que dispone de un lugar exclusivo para él, ajeno a miradas indiscretas o que no tiene familia…

Ejemplos como este han provocado en muchas ocasiones la sensación de que la perfilación criminal es una ciencia exacta, un método infalible con el que cuentan los investigadores para atrapar al criminal. Nada más lejos de la realidad.

Hoy día esta técnica aún se encuentra en periodo de prueba. Tan solo en Estados Unidos goza de una fuerte implantación y, aun así, no se utiliza en todos los casos policiales. Sus inconvenientes residen en que un solo fallo del perfilador en su informe puede llevar a la policía a buscar en la dirección equivocada, con el riesgo de



George Metesky en prisión, más conocido como *Mad Bomber*.

que el criminal cometa un nuevo asesinato y que un inocente acabe siendo enjuiciado. Por eso mismo el FBI es muy exigente a la hora de seleccionar a los futuros aspirantes a *profiler*.

Es requisito obligatorio que sean personas de entre 30 y 45 años, con intuición, capaces de separar sus sentimientos personales de los que genera un crimen, con pensamiento analítico y estabilidad emocional y psicológica. Además, se valora mucho que posean conocimientos en psicología o psiquiatría, pero, paradójicamente, no se quiere que los profesionales de la salud mental entren a realizar perfiles criminales sin ser miembros de la policía o del FBI.

Fuera de esos países anglosajones sus actuaciones deben contarse con cuentagotas. En España está el antecedente de la detención de Joaquín Ferrándiz Ventura, quien entre 1995 y 1996 asesinó a 5 mujeres en la provincia de Castellón. La Guardia Civil tenía muy avanzada la investigación, hasta el punto de haber selec-

cionado a dos sospechosos, pero era incapaz de decantarse por uno u otro. Por eso se pidió al juez José Luis Albiñana permiso para buscar a una persona con amplia experiencia en la conducta criminal y que elaborara un perfil del posible asesino. El seleccionado fue el psicólogo y criminólogo Vicente Garrido Genovés, profesor de la Universidad de Valencia, autor de incontables libros sobre el mundo de la criminalidad como *El psicópata, Amores que matan* o *Cara a cara con el psicópata* y también del prólogo de este libro.

Al presentársele los datos y fotografías del caso, el profesor Garrido realizó su perfil criminal.

> Varón, joven (25-35 años). Sus relaciones interpersonales serán muy deficientes, por lo que probablemente será soltero o divorciado. Vive en Castellón o lugar muy próximo. Dispone de vehículo. Es probable que tenga antecedentes penales por delitos de conducción temeraria, y violentos…

Meses después Joaquín Ferrándiz fue detenido. Hasta la fecha es el único caso reconocido oficialmente en el que se haya utilizado un perfil criminal en España. Quizá en el futuro esta arma policial tenga la misma implantación que en los países anglosajones, pero de momento…

Sus defensores afirman que debe verse como una herramienta más en manos del investigador, no como la solución definitiva. «Un perfilador sin los conocimientos adecuados puede hacer mucho daño y llevar a la policía a no confiar más en su labor», afirma el profesor Garrido. Por ello, la posición mayoritaria en el mundo es la del recelo y la expectación por ver de qué forma

puede ir perfeccionándose y eliminando los inconvenientes que presenta. Porque incluso diferentes perfiladores pueden emitir dictámenes contrarios sobre un mismo caso.

Un buen ejemplo de esta contrariedad lo encontramos nuevamente en el caso de Jack el Destripador. Como se ha dicho, el forense Thomas Bond llegó a la conclusión hace 120 años de que este asesino podría pertenecer a una clase social alta. Bien, en el 2002 Robert Ressler visitó los lugares en los que actuó el asesino y su conclusión difiere de la de su predecesor. Para Ressler, la policía buscó en el sendero equivocado al pensar en alguien de la clase alta.

> Los lugares que frecuentaba y las circunstancias que rodeaban a los crímenes dan a entender que el autor pertenecía a la misma clase social que sus víctimas. De otra forma, los vecinos hubiesen comentado su presencia en la zona. Además, se trataba de alguien tremendamente desorganizado. Es probable que tocara fondo volviéndose loco en esas fechas, por lo que acabaría suicidándose o internado en un manicomio, lo que explicaría el cese de los crímenes y que jamás fuese capturado.

Otra idea errónea es pensar que esta técnica únicamente resulta efectiva en casos de psicópatas asesinos. No es así, aunque los ejemplos mayormente citados se correspondan con este tipo de criminales. Ello se debe al hecho anteriormente mencionado de que, cuantos más crímenes cometa una persona, más fácil será seguir su pista y aprender de su conducta. Así de simple y así de terrorífico. La psicopatía está bien descrita en el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales,* la

auténtica biblia para los profesionales de las enfermedades mentales.

En este libro se califica a los psicópatas como personas crueles, manipuladoras, agresivas, sin sentimientos, con ausencia de remordimientos, irresponsables, orgullosos, egoístas, hedonistas... Y así es en realidad, aunque con la salvedad de que no todas las características se cumplen siempre. Tan solo la ausencia de remordimientos y la incapacidad de sentir el dolor ajeno son constantes.

Esto es, precisamente, lo que convierte al psicópata en un ser temible, porque una vez que está decidido a matar, nada le parará, ni los gritos de las víctimas, ni las súplicas o el llanto.

Siente un desprecio total por la vida humana, a excepción de la suya propia. Lo curioso es que diferencia perfectamente el bien del mal. Cuando asesina, es plenamente consciente de que está transgrediendo una regla moral y penal; pero en ningún caso lo ve como una barrera insalvable.

Hasta el momento se desconocen los mecanismos por los que un cerebro humano se moldea con estos planteamientos. Una teoría habla de infancias traumáticas, con malos tratos, abandono y falta de cariño. Pero millones de niños en países del Tercer Mundo, y en el nuestro propio, tienen esas mismas infancias y no por ello acaban convertidos en psicópatas.

Robert Ressler, desde su posición privilegiada de investigador de la mente criminal, ahonda en esta visión asegurando que la constante principal en los asesinos seriales es la falta de amor materno en la niñez. Como ya se ha comentado Ressler recorrió los Estados Unidos

durante los años 80 y 90 entrevistándose con los peores criminales de la historia del país y llegó a la conclusión de que todos habían padecido maltrato psicológico grave en la infancia y que ninguno fue capaz de mantener una relación madura y consentida con otra persona adulta.

«Sus madres se caracterizaron por ser frías, distantes, negligentes y nada cariñosas hacia sus hijos, en un momento en el que un ser humano normal es mimado», dijo.

Además, ninguno tuvo en su entorno una figura fuerte en la que basarse, alguien que guiara sus conductas y les enseñara a distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Al contrario, sus padres solo les reprendían cuando maltrataban a los animales o incordiaban a los vecinos, pero no les preguntaban por sus actos ni les preguntaban por sus sentimientos. El resultado fue que estos niños se educaron sin calor afectivo y sin trabas a sus instintos violentos. Una carencia de amor que tampoco sentirían hacia los demás en la etapa adulta.

Desgraciadamente, también existen ejemplos para rebatir esta tesis. Uno de ellos lo encontramos en Gilberto Chamba, *el Monstruo de Machala,* quien aseguró haber disfrutado de una adolescencia más o menos feliz, arropado por el cariño de su familia, antes de terminar asesinando en su etapa adulta a unas 10 mujeres, demostrando, por tanto, que en la formación de la psicopatía influyen más factores.

Otra teoría apunta hacia el componente genético. Estudios realizados mediante tomografías cerebrales han demostrado que el lóbulo frontal de un psicópata es menos activo que el de alguien normal. Precisamente la

región del cerebro donde se registran las inhibiciones y represiones que nos impiden matar y cometer otros actos violentos.

Una buena explicación para comprender por qué no muestran los remordimientos inherentes a casi todos los seres humanos. Porque, aunque en los juicios, en las declaraciones a la prensa o en sus cartas afirmen sentirse arrepentidos, solo es una estrategia para evadir la pena de cárcel y el escarnio popular. Mienten siempre, mienten estando en libertad, cuando son capturados y ya en la cárcel. Afirmarán sentirse arrepentidos, con deseos de reparar el daño causado... Artimañas para que se les permita salir de prisión. Una vez fuera, las estadísticas dictan que volverán a matar.

Relativo a la teoría genética, también se barajan como causas de la psicopatía el bajo nivel de serotonina, nacer bajo condiciones fetal-alcohólicas o poseer más testosterona de la normal.

La serotonina es un neurotransmisor natural, cuya función pasa por regular la excitación, la actividad sexual, los estados de ánimo, la agresividad y el control de los impulsos. En bajas cantidades el resultado es un ser violento, incapaz de dominar sus instintos primarios y con bruscas alteraciones anímicas. Es una hipótesis interesante que no puede aplicarse a todos los psicópatas, porque muchos de ellos poseen índices normales de serotonina y porque no todos los que carecen de la suficiente acaban convirtiéndose en asesinos.

Lo mismo sucede con la testosterona, aunque bien es cierto que el doctor James M. Dabbs demostró, tras estudiar a 44 462 hombres, que los autores de crímenes

violentos fueron quienes poseían los valores de testosterona más altos.

Lo único claro es que el psicópata es un ser incapaz de amar, de sentir pena o tristeza por sus víctimas. Esos sentimientos solo los utilizan cuando quieren conseguir un fin que satisfaga su propia necesidad. Tal es su grado de egoísmo, manipulación y frialdad. A modo de resumen basta citar la definición que del psicópata hace el profesor José Sanmartín, director del Centro Reina Sofía para el Estudio de la Violencia:

> No es un enfermo mental. Sabe lo que hace. Lo que pasa es que no siente lo que hace. Su toma de decisiones es fría, sin sentimientos ni remordimientos. Su comportamiento cuando mata no es humano. En realidad, mata como un depredador que elimina a una presa de una especie distinta.

Es por todo lo comentado que el cine y la literatura se han interesado de un tiempo a esta parte en la labor de los perfiladores criminales, presentándolos casi siempre como una especie de superhéroes a los que no les afecta la presión ni la crueldad de las escenas que deben visualizar casi a diario.

La única verdad es que la suya es una tarea realmente ingrata, siendo personas que deben luchar constantemente contra monstruos humanos, contra las reticencias de sus propios compañeros y también contra el reloj y contra ellos mismos, contra sus emociones y sentimientos.

Elaborar un perfil criminal exige una gran responsabilidad y profesionalidad. Si pensamos que basta con equivocarse en algún dato para que se produzcan nuevas

muertes, nos daremos cuenta de la enorme presión a la que están sometidas estas personas. Por ello, esta técnica no se debe ver como un recurso infalible u otorgarle más importancia de la que realmente posee.

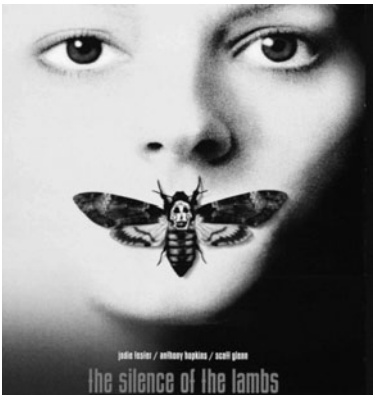
Quizá sea el tiempo y el trabajo continuo de los especialistas los que conviertan a esta técnica en la principal arma de las fuerzas de seguridad en su lucha contra el crimen, pero de momento no es así.

Aquí reside su grandeza y su tragedia.

La perfilación criminal en el cine

El mundo del cine se ha convertido en un escaparate perfecto para reflejar la labor de los perfiladores criminales. Sin duda alguna, la película que abrió las puertas al conocimiento de estos profesionales fue *El silencio de los corderos* (Jonathan Demme, 1991). Su argumento era simple pero efectivo: un asesino en serie que ayuda al FBI a localizar a otro «compañero de fechorías», guiándoles por la intrincada mente de los criminales. La cinta fue un auténtico éxito de taquilla, destacando para lo que nos interesa el papel protagonizado por Jodie Foster, una joven aprendiz de la Unidad de Ciencias del Comportamiento y aspirante a perfiladora criminal. La curiosidad reside en que el interior de dicha unidad se recreó al milímetro para el filme.

Desde entonces otras historias siguieron su estela para crear sus perfiladores propios. Una de las más destacables, por lo creíble de los personajes y lo bien narrado de los acontecimientos, fue *Ciudadano X* (Chris Gerolmo, 1995), reviviendo la historia real de Andrei





La película que permitió conocer la labor de los perfiladores criminales fue *El silencio de los corderos*. Por otro lado, en *El coleccionista de huesos* se contó con el asesoramiento de Robert Ressler.

Chikatilo, el asesino en serie de Rostov, autor de más de 50 muertes de niños en la ex Unión Soviética.

El coleccionista de huesos (Phillip Noyce, 1999) o *Copycat* (Jon Amiel, 1995), donde se contó con el asesoramiento del propio Robert Ressler y que refleja el fanatismo y el fervor que profesan algunos criminales seriales entre adolescentes, también son buenas recomendaciones. Sin olvidarme de las andanzas de otro *profiler,* el doctor Alex Cross, personaje ficticio creado en la mente del novelista James Patterson y que ya cuenta con dos adaptaciones cinematográficas: *El coleccionista de amantes* (Gary Flader, 1997) y *La hora de la araña* (Lee Tamahori, 2001).

En cuanto a series televisivas, la norteamericana *Profiler* es la que más directamente se ha inspirado en la figura del perfilador criminal y la que mejor refleja su papel entre las policías de Estados Unidos; sin desmerecer a otras como *Mentes criminales, El mentalista* o *The*

Closer. Cada una de ellas, con sus características propias, es un intento muy personal de revitalizar la figura de este profesional para evitar caer en la repetición.

Parece ser que la perfilación criminal goza de buena vida cinematográfica y que aún deberemos asistir a varios estrenos futuros en este sentido.